

Dos hombres y un destino

Perú tiene dos presidentes. San Román no tiene poder ni apoyo popular; Fujimori ni dinero ni legitimidad

HOY Perú es un país muy peculiar. Tiene dos presidentes, el Congreso clausurado y el poder judicial cerrado. No hay garantías para los desconcertados ciudadanos, divididos entre *chinos* (los de origen japonés) y *cholos* (indios). Dos bandos que se enfrentan en manifestaciones callejeras en apoyo a Alberto Fujimori y a Máximo San Román, que fue vicepresidente con él y ahora ha sido nombrado jefe del Estado por un Parlamento clandestino.

En el tercer piso del céntrico hotel Sheraton, los representantes de la Organización de Estados Americanos (OEA), João Baena Soares, su secretario general, y Héctor Gross Espiell, el canciller uruguayo, atendían a la retahíla de políticos, juristas, sindicalistas y religiosos peruanos para intentar entender lo que está sucediendo en este delirante país. Desde abajo llegaban los gritos de dos tumultos: de un lado «San Román, traidor»; del otro «Chinochet, usurpador».

Desde el 5 de abril, fecha en que el ingeniero Fujimori decidió acabar con la democracia en Perú, los políticos, parlamentarios destituidos y representantes de los organismos disueltos se han organizado para hacer prevalecer sus derechos, como manda la Constitución. Por eso, inmediatamente después del golpe, decidieron declarar vacante la presidencia de la república.

Máximo San Román juraba como nuevo «presidente constitucional» el pasado 21 de abril, ante 149 diputados y 44 senadores en el local del Colegio de Abogados de Lima. Surgía un Gobierno paralelo que contaba con el apoyo de la oposición, cúpulas sindicales y algunos empresarios. Tras su jura, el discurso. San Román, cuzqueño macizo de 46 años, que se autodenomina como «un *cholo* de acero», criticó a los políticos tradicionales por su afán de «compar el apar-

to estatal», para luego prometer un Gobierno de reconciliación y unidad nacional. Suavizando la voz, emitió sus últimas palabras en quechua, su lengua ancestral, hablada por el 60 por ciento de los 22 millones de peruanos.

Ese mismo martes, el presidente Fujimori se dirigió al país y anunció el programa electoral que ha fijado: el 5 de julio de 1992 se celebrará un referéndum para aprobar las enmiendas constitucionales y la reestructuración de los poderes legislativo y judicial. El 31 de agosto se iniciará un debate nacional sobre las mis-



Con la jura de San Román (en el centro), Perú tiene dos presidentes.

mas, el 8 de noviembre habrán comicios municipales y regionales, el 28 de febrero de 1993 elecciones parlamentarias y el próximo 5 de abril se instalará un renovado congreso de la república. Tras oír el «cronograma», Máximo San Román calificó a Fujimori «como un dictador al más puro estilo de Hitler o Mussolini». Y realizó un llamamiento a las Fuerzas Armadas para pedir que no se dejen tentar por el poder y recapaciten a fin restablecer el orden constitucional. «Deseo ingresar en el palacio de Gobierno por la puerta grande», expresó esperanzado San Román.

Lo triste es que San Román no es carismático ni cuenta con el apoyo de la población. Sólo es un símbolo para la esperanza de regresar a un

Gobierno democrático. Esperanza preocupante si se atienden algunas ingenuas declaraciones del que pretende ser el legítimo presidente: «Esos grupos (los terroristas Sendero Luminoso y MRTA), cuando vean instalado un Gobierno honesto, van a cambiar de actitud». Mientras, Sendero utilizaba en sus atentados más de 300 kilos de dinamita, provocando en una semana 24 muertos y 64 heridos.

Una de las paradojas de esta situación es que, durante más de un año y medio, los esfuerzos del Gobierno se concentraron en pagar los intereses de la deuda externa para reinsertar a Perú en el sistema financiero internacional. Hoy los organismos de crédito han decidido suspender los préstamos —unos 600 millones de dólares—, dejando el programa económico sin su más sólido pilar. Por este motivo el ministro de Economía, Carlos Boloña, renunció el 20 de abril a su cargo. Con su dimisión se esfuma la confianza de los empresarios en Fujimori.

Queda ahora por ver de dónde saldrá el dinero para cumplir las promesas de Fujimori: aumento de sueldo a los militares y compra de material bélico, así como materializar un programa populista y mantener el apoyo que hasta hoy le brindan los peruanos. El presidente, nuevamente en campaña —esta vez por el sí del plebiscito—, ha comenzado a visitar universidades y barriadas, y otorga donaciones económicas con el dinero del Estado.

Luis Bedoya Reyes, presidente del Partido Popular Cristiano, afirma: «Fujimori lo que quiere es un Gobierno sin control durante los próximos 12 meses». Ya se sabe que han desaparecido más de 2.500 personas detenidas por el Ejército. Sin control es fácil pronosticar tiempos de sangre y lágrimas.

La misión de los enviados de la OEA para establecer un diálogo y lograr un rápido retorno a la democracia se hace cada vez más difícil. A Fujimori le han dado como plazo hasta el 23 de mayo para reinstaurar los organismos disueltos. Su respuesta ha sido rápida: «Ni un paso atrás, porque el pueblo me lo pide».